PIO BAROJA, «CHAPELAUNDI»

(Estudio de su carácter)

«... se quisiera poder decir que el propósito de que el ser humano puede ser feliz no figura en el plan de la Creación.»

FREUD

Al iniciar el estudio fisionómico de don Pío Baroja, quisiera poder decir que «vengo de otro mundo». Que nada sé de él; que nada conozco de él. Que es uno de tantos seres que me he encontrado en la esfera sideral del pensamiento; que mis juicios sólo entrañan la absoluta imparcialidad de las ideas que se desprenden de esas ondas invisibles de lo eterno, que transmiten el pensamiento por la fuerza de los rasgos del rostro. Tomo a don Pío en distintos momentos de su vida y siento, sinceramente, que no sean las imágenes de la nitidez de expresión deseable. Pero no tengo otra cosa mejor a la mano y con ellas me contento; con ellas, podrá percibir el lector el alma cósmica de este hombre que, por otros juicios, se ha intentado clasificarle en ateo, antirreligioso y otras cosas atentatorias a lo que la sociedad tiene incubado desde tantos siglos; cuando en verdad no era más que un simple agnóstico y, más que agnóstico, indiferente a ciertas prácticas que, desde la combinación del caminar de los escarabajos rulando unas ciertas bolitas, a otras prácticas más ungidas, ponen al descubierto el espíritu temeroso y mesiánico del hombre. Y eso, ¡precisamente eso!, era lo que no aceptaba él.

Su alma, su tremenda alma, estaba tan poseída de demostrar, que el hombre, por su naturaleza, por su fuerza en el gobierno de las cosas, era, y continúa siéndolo, acreedor a una distinta forma de vivir que la que actualmente vive y, por desgracia, está proyectado a vivir, por la fuerza de impulsión de esos ciclos de desarrollo que, mirados en la distancia del tiempo, parecen no sean obra de voluntad humana, sino más bien de su tendencia animal e impuesto por un destino que no atina a gobernar. Sí; sinceramente, quisiera no saber nada de él, para poder decir que mi pensamiento, en relación a él, es «virgen», en el reflejo de las ideas que sus distintas expresiones me sugieren. Pero confieso sinceramente que este estudio que me propongo no podrá estar exento de esas influencias tan humanas de su in-

gente labor, aunque, por mi parte, no me sea conocida más que muy parcialmente.

La primera muestra de esas influencias es el mismo título que he puesto a este estudio. Pues no es mío. Es de un ferviente crítico de don Pío, de por allá el año «34», que le llamó así: Pío BAROJA, «CHAPELAUNDI». Posiblemente, al detenerme a pensar cómo debe llamarse un estudio que abarque la manera de ser de este hombre excepcional por su vida y su obra, amigo de todos, el subconsciente me lo ha traído a la memoria como el mejor significado que de él pueda decir ninguna boca.

Pero el lector debe tener en cuenta que, aunque por el hablar cotidiano, tenemos idea de una inmensidad universal en el todo de las cosas, y de ello se encargan de informarnos los estudios científicos puramente materiales, en las relaciones del pensamiento, si hubiese que darle medida a esa «materialidad» que es el espíritu, por sus mismas dimensiones, se sabe que el pensamiento de todos los hombres está unido por el mismo «cable» invisible que conduce el pensamiento y las ideas en torno a la eternidad. Por lo menos, todo creyente así nos lo hace pensar y, para el no creyente, así se deja presumir por el significado cósmico de todas las ideas, en cuanto que la tendencia universalmente aceptada es que el pensamiento que gobierna al hombre es, ha sido y debe ser la bondad, en sus formas de solidaridad y apoyo mutuo. El lector, digo, debe tener en cuenta que, mirado el pensamiento desde que el hombre pudo ponerlo en imagen por el sonido, el color y la forma y, a pesar de los distintos ciclos de desarrollo que pueden contarse en la historia conocida, el pensamiento es una continua repetición, simplemente adaptada a ese ciclo actual en que se vive. Ese sentir no será más que una forma de tolerancia para aceptar toda la buena fe que en el estudio de este hombre pongo. ¡Significando que no es más que lo que por su imagen veo, lo que dejaré plasmado!

A don Pío Baroja le tocó nacer en ese período de la Historia de España en que más se hacía sentir la corrupción, por las enfermedades del cuerpo gobernante, poseído del dolo, el cohecho, el soborno y el capricho, hasta el extremo que la forma de vivir los españoles pudo servir de ejemplo a un puritano moralista inglés para demostrar a dónde conduce la depravación política en las costumbres de los pueblos. A pesar del abocamiento de esa zafiedad y, como suele ocurrir en toda crisis de los cuerpos enfermos de muerte, también en ese período, se dieron algunos luminosos destellos del pensamiento, tanto en el derecho como la historia y las letras. Pero pasaron sin

pena ni gloria —o con más pena que gloria—. Hasta que, cuando esa cabeza inquieta se hallaba en ese ciclo en que el hombre parece poderlo todo, tanto por su vitalidad como por el pensamiento, se produce la más grande humillación que los españoles, como cuerpo político, pudieron sufrir jamás.

¡Quién puede negar que a esa cabeza idealista (como luego veremos), como a tantas cabezas y corazones españoles, no le afectó esa derrota moral y material infringida por un pueblo que acababa de nacer a la vida política y que ni siquiera había nacido a la vida de la política internacional y que además quería —y quiere— ser símbolo de democracia y libertad! ¡Quién puede negar que es en ese momento que se ha dado en llamar «el 98» cuando en ese hombre que voy a estudiar no se produce su complejo de misiología, que ya jamás le abandonaría!

Sí; nadie puede negar que cuando un hombre que siente inquietudes universales se siente afectado por la parte de vergüenza colectiva que, como miembro de una nación, le corresponde compartir, sea poseído de unos complejos que configurarán toda su vida como un aparente círculo de actividad, sin poder sintetizar su pensamiento en una frase, en una acción genésica las vivencias, las vindicaciones, que sabe le corresponden a los españoles por su genio demostrado y sus sentimientos de pueblo herido.

Me doy cuenta que me adelanto a los acontecimientos de la obra de este genio de las letras españolas antes de entrar en el estudio de su personalidad, que es mi propósito. Pero el lector ya habrá comprendido que mi deseo no es más que colocar a este hombre en el momento de la historia de su pueblo; pues, aunque los rasgos fisionómicos de las personas determinan quiénes son y la parte de sentimientos que ponen en sus acciones, es indudable que el medio ambiente configura al hombre, lo mismo que las montañas configuran al valle, lo mismo que las costas configuran los océanos. Lo que viene a significar que, aun habiéndole correspondido actuar en ese momento de ridícula hez que los españoles vivieron en los cincuenta años después de su nacimiento, aparte los sentimientos personales, como más adelante veremos, la recia personalidad de este hombre fue inquebrantable.

Naturalmente, creo que cuando analicemos su cabeza, sus rasgos, no será a mí sólo al que se le ocurra pensar que, de haber nacido en el siglo de un San Martín, de un San Bernardo o, más cerca de nuestros días, en el tiempo de un San Juan de la Cruz, nada hubiera impedido que, como esos hombres que por sus acciones elevaron a los

altares, él también hubiese sido un revolucionario protestatario y un amigo de las llagas de los pobres; porque sentirlo lo sintió toda la vida. Pero le tocó vivir en el inicio del desarrollo de la brutalidad mecánica y el ordenador.

Sí; no tengo a la mano las figuras de esos idealistas de la Iglesia —aun teniéndolas no podría usarlas por la inseguridad de que correspondan fielmente a ellos—, pero por las acciones que de ellos se conocen, se sabe que apostrofaron todo lo fastuoso y denigraron la violencia y la opresión de su tiempo, dando ejemplo con sus vidas de cómo se anda por el camino del progreso. ¿No es eso lo que, por lo que conozco, ha hecho Baroja?

Sí; nunca mejor que ahora puede decirse que las acciones corresponden a lo que es el hombre. Nunca mejor que con esta figura humana podrá sacarse el estudio del medio ambiente venciendo al pensamiento del hombre, si en este hombre, por sus cualidades, sintetizamos la integridad y el buen gusto por las cosas que puede haber latentes en la colectividad española. Y difícilmente puede verse en una forma escalonada, como nos demostrarán las imágenes que voy a presentar, cómo el hombre con su pensamiento lleno de bondades va siendo vencido por el medio ambiente y cómo su alma se va llenando de amargura y tristeza, hasta llegar a la última esquina del camino, y ya vislumbrado lo que le queda por andar se resigna y nada pide ni nada exige; pensando que, de volver a vivir, volvería a pasar por el mismo camino que su voluntad trazó; que, al fin y al cabo, es el patrimonio siempre querido que a toda persona idealista, amante de la verdad y un sí agnóstico y soñador, le queda en el inicio de la cuenta hacia atrás.

Porque ningún lector podrá demostrar que no son de su tiempo los mejores destellos de luz que la España contemporánea ha tenido, y que no son de ese tiempo cuando más los hombres del pensamiento han intentado unir su esfuerzo para sacar a su patria de la corrupción, para que quede colocada en el concierto universal que por su genio histórico le corresponde; nadie puede demostrar que no es de su tiempo cuando esos hombres de la razón, la justicia y la ética, manifestada en el estudio del derecho, la historia, la filosofía, la literatura, la poesía y hasta las ciencias, y tantas y tantas bellas artes, más han sobresalido en los últimos doscientos años; nadie puede demostrar que no es de su tiempo cuando los españoles han manifestado su ciego salvajismo en una forma cainita, defendiendo cosas tan dispares como la luz y la oscuridad. Y todo eso que se vive, ¿qué sensaciones puede producir en el alma de una persona idealista y sen-

sible que ha formado parte de ese conjunto de hombres pretendiendo salir del agotamiento a la frescura y la lozanía, con sentimiento de sentirse libre y no avergonzado de ser español?

Todo eso, se quiera o no, cuando se tiene un alma cósmica, queda reflejado en el rostro, que es el espejo del alma, lo mismo que el hombre es el «alma de la naturaleza».

Don Pío Baroja, o simplemente *Baroja,* para ese pueblo que él llevó y trajo en los pliegues de sus sentimientos, buscando siempre la manera más acertada de tratarla, porque tenía conciencia de que toda soberanía, que todo poder en la guerra, en la paz, en la política, el arte, emana siempre de esa alma colectiva, incierta y versátil, es uno de los hombres de su tiempo en quien los españoles pueden apoyar, con la certidumbre de nunca ser defraudados, el símbolo de su alma colectiva.

Deseo repetir, antes de entrarnos por las imágenes de su rostro, que deseo sinceramente no meterme en su obra literaria, que además sólo conozco en fragmentos y muy escasamente.

Tengo a la mano seis fotografías de don Pío Baroja, todas ellas recortadas de revistas. Para mí, indudablemente son válidas; no lo sé si lo van a ser para ese lector bueno, no versado en los estudios de la psicología. Ese, y no otro, es el motivo que permite lamentarme que no sean extraordinariamente nítidas. Las he numerado del *uno* al *seis,* siguiendo el orden cronológico que las mismas expresan.

Fotografía 1

En esta fotografía vamos a trazar toda la estructura del alma de Baroja. Dice en su pie: «Pío Baroja, joven.» Por ese pie se le ocurre a uno preguntar: ¿Alguna vez fue joven don Pío Baroja?

Usando de un cierto eufemismo, alguien dice que el hombre nunca es viejo mientras en su corazón abrigue las ilusiones de la juventud. Me lo creo. Pero aquí es un problema totalmente inverso el que se plantea. Se pregunta si alguna vez fue joven. Don Pío Baroja era todo alma. Los hombres vienen a ser como los módulos de un alma colectiva. Don Pío entraña el módulo sensitivo del alma colectiva de su pueblo, muy vieja, muy cansada e indiferente, aunque las apariencias de otras prácticas induzcan a alguien a creer otra cosa. A pesar de las apariencias religiosas, en Europa no hay otro pueblo más pagano que el español; no hay culto en ningún pueblo de España cuya iconografía no demuestre su origen pagano. Don Pío sentía en su alma esa vetustez y quería tirarla fuera. Por eso inicia sus trabajos con la

vejez legendaria que se inicia en los primeros balbuceos literarios de los españoles. Veamos si no:

Estudiemos esa primera imagen. Sólo nos interesa su rostro, su cabeza. En los ojos pueden verse ciertos chispazos de juventud; en la cara no se marcan todavía los signos que dan las inquietudes en el tiempo. ¡Todo eso es cierto! Pero si prescindimos de esos detalles y nos fijamos en el conjunto de toda la cabeza, ¿no nos da la impresión de ser el globo universal donde se contiene toda la historia de los hombres y en particular la del pueblo que siente?

Esa cabeza, tanto por la frenología, la antropometría como la psicología, es de las llamadas «cabeza imaginativa». Es la cabeza del idealista, del que percibe mentalmente bellezas, ya existan realmente o no. Sus gustos son artísticos, y sus sentimientos, profundos. Esos sujetos están tallados para ser grandes compositores, escritores insignes, grandes dramaturgos, actores eximios o cualquier otra carrera artística en la que hayan de sobresalir los sentimientos de nobleza y amistad. Son muy exigentes desde el punto de vista relacionados con la ropa y el vestir.

Analice usted, lector bueno, cualquier sujeto que se le acerque con una cabeza como ésa y hallará que, sin excepción, todos están poseídos de grandes sentimientos de amistad y que les afectan sensiblemente los desaires, porque ellos ponen el alma en sus relaciones, en lo que hacen y, con toda particularidad, a lo que dan forma en su imaginación, que la sienten tan «realista», por decir así, que no podrán ser convencidos de que son ilusiones.

He dicho que en esta imagen sentaremos la estructura del alma de este gran hombre. Analicemos parte por parte de ese rostro, que encierra todos los sentimientos humanos y particularmente los de su pueblo:

La frente

Ya queda dicho que es la frente pensadora del idealista. Sin embargo, aún me interesa insistir sobre ciertos detalles. Cubra, por favor la parte de la cara, de las cejas para abajo, y mire sólo esa frente; deje su imaginación suelta y recoja en su decir lo que trae su pensamiento. Dirá que le parece una frente vista en otro sitio. Sí, efectivamente, es la frente de todos los hombres buenos; en este momento, limpia de surcos, con la nitidez de los pensamientos vírgenes que se creen con fuerza para transformar la vida de un pueblo. Así es la ilusión de los imaginativos.

Las cejas

Deje ahora al descubierto esa parte y se preguntará si realmente hay cejas. Efectivamente las hay, y bien pobladas y bien puestas. La nebulosidad de la foto no permite distinguirlas con la fuerza que ellas expresan. Las cejas colocadas en esa forma significan extraordinario poder de concentración de la energía, gran voluntad, entrañables preocupaciones, distinguida atención para concentrarse en el interior, con grandes aptitudes para la meditación. Y cosa sobresaliente también: Absoluto escepticismo y ambición secreta.

Esto último me sugiere una pregunta:

¿Qué ambicionaba este hombre?

Sus críticos literarios y sus biógrafos que deduzcan lo que quieran. Por mi parte puedo asegurar, tanto por esta foto como por las que siguen, que todas sus ambiciones eran puramente anímicas y de orden de mejoras sociales. ¡Ambiciones de verdades!

Si usted asocia esas cualidades a lo que la frente significa, tendrá usted un prototipo de pensador, en el que, por ese flujo de las corrientes siderales, puede abarcar en una sola imagen y en un solo pensamiento toda una vida, lo que en el trabajo de la expresión verbal no podrá decir en dos generaciones. Es de mucha importancia, si es que a usted, como a mí, le interesa introducirse en el alma de este hombre, que tenga en cuenta esos detalles; luego nos han de hacer falta.

Los ojos

La nebulosidad de esta fotografía no nos permite distinguir con toda nitidez las cualidades de estos órganos; esperó en las demás fotografías podremos apreciar que se trata de un ojo redondo, quieto, tranquilo, observador. En suma: «ojo de pensador». No sé si sabe usted que en los cánones clásicos la separación entre ojos debe ser la longitud de otro ojo, en la persona equilibrada físicamente. Entonces, si nos fijamos en cualquiera de las fotografías, hallamos que los ojos de don Pío Baroja se hallan un poquitín más separados entre sí que lo normal. Lo que viene a ser otra cualidad extraordinaria como pensador. Esa posición de ojos nos entrega al estudio una personalidad con grandísimo sentido de las formas y de la memoria; con gran capacidad para reconocer prontamente distintas fisionomías y particularmente para estudiar el aspecto concreto de las cosas. Don Pío Baroja tenía además una capacidad de memoria muy tenaz, produciéndole grandes satisfacciones el arte en todas sus formas; posesión de un

gran optimismo, derivado de la satisfacción de representarse con facilidad el mundo exterior que le rodeaba o que había podido ver en alguna ocasión. También concurrían en él, por estos rasgos, la especial circunstancia de dominarlo todo por la ilusión.

La nariz

Si para dar a nuestro estudio una mejor base científica, la cabeza de don Pío, de esta fotografía número 1, la dividimos en tres partes y media, comprendiendo desde el límite inferior del mentón al filo superior de la cabeza, haciendo así tres módulos y medio en que se divide la cabeza de proporciones equilibradas, designando desde dónde debe iniciarse el cabello (que ya, y a pesar de su juventud, no tiene Baroja) con la mitad de un módulo; los otros tres deben corresponder: el superior, desde el inicio del cabello a la raíz de la nariz; el central, desde la raíz de la nariz a su parte inferior, y el inferior corresponde a ambas mandíbulas, quedando en su parte central el filo del labio inferior. Con esas medidas de la cabeza, universalmente aceptadas, encontramos que las proporciones de Baroja tienen sus módulos propios o que de ninguna manera encaja en el canon clásico.

Efectivamente, el módulo superior es más grande que ninguno y además, tanto por la altura como por la anchura, de proporciones poco comunes. El central es el módulo más pequeño de los tres y realmente original, como ahora veremos. En cuanto al inferior, tampoco se ajusta al canon clásico; nos damos cuenta que, a pesar del pelo que cubre la barba, suponiendo dónde se halla la línea del mentón, el labio inferior no se corresponde con la mitad del módulo (esta condición la podemos confirmar examinando las otras fotografías).

He tenido interés en hacer destacar esas cualidades, que sobresalen a simple vista, para venir en consecuencia que las medidas de Beethoven, Dostoyevski y Goya eran de las mismas proporciones: Frentes amplísimas en altura y anchura; nariz corta, en razón a los otros dos módulos, y barbas prominentes, con el saliente redondeado y fuerte, y todos ellos, con la frente de idealista.

Vemos que Baroja tenía, pues: nariz agresiva, con predominio de la línea recta en su longitud, lo que le caracteriza en la fuerza del carácter, el buen sentido, las cualidades de porfiado, la honradez y, sobre todo, del hombre que sabe lo que quiere. Vemos también que esa nariz es ancha en su lomo, lo que confirma la fuerte personalidad, el coraje y la lógica para discurrir. También observamos, por la anchura de la nariz a la altura de las aletas, la actividad y los instintos vitales desarrollados.

En suma, parece ser como si la Naturaleza quisiera poner en estos hombres idealistas, con esas pasmosas facultades de representarse en su interior cualquier visión que exista o no, un a modo de acicate de orden agresivo para dar formas contundentes a sus concepciones visionarias ideales. Algo así como la conciencia cabal de que deben tener los pies en la tierra. Sí, y don Pío Baroja pudo demostrar un buen sentido por todas las cosas.

La boca

Siento de veras que el vello de su cara no nos deje ver en verdadera forma la boca en sí. Podemos deducir, empero, que, en cuanto a la forma, es una boca normal, ajustada al canon clásico de dimensiones, y sus labios los vemos apretados, apoyado el uno sobre el otro, en actitud hermética. Lo que significa reserva. Las otras cualidades que podemos deducir de ella son para estudiarlas en el conjunto de las demás peculiaridades del rostro, como testimonio de sus pensamientos y vivir.

La barba

Igualmente se halla cubierta de pelo. Podemos deducir, sin embargo, que es una barba saliente y redonda. El mentón trazado en la forma que podemos apreciar es síntoma inequívoco de aficiones artísticas, entre las que sobresale la literatura. Demuestra también cierta propensión a la iniciativa, a las investigaciones, con grandes deseos innovadores en el orden intelectual. Dándose la circunstancia de que esa barba es de un sujeto intelectual e idealista, ha de asociarse a ello las dotes de ingenio y organización, junto con la aptitud para inventar combinaciones fértiles en las artes y las ciencias, a condición de que le acompañe una visión realista de la vida. A don Pío no le faltó esa cualidad, por las facultades latentes que se desprenden del módulo central de su rostro.

Las orejas

Según los cánones clásicos (debo advertir que siempre que haga referencia a estos cánones es más por darle personalidad en el tiempo, toda vez que los mismos largo ha quedaron confirmados por los estudios modernos tanto en arte como en psicología), las orejas deben quedar enmarcadas exactamente en el módulo central de la cabeza. En esto don Pío Baroja responde a ese canon. No es lo mismo en su

tamaño. Sus orejas eran más grandes que lo normal, significando ello la vitalidad y la buena memoria. «Fuertes apetitos» y carácter expansivo van también acompañando a esas cualidades señaladas.

Con esto quedan establecidas las bases principales del carácter de este hombre magnífico. Veamos ahora cómo discurre su vida, según las huellas dejadas en su rostro por los avatares del pensamiento y la lucha del vivir cotidiano.

FOTOGRAFÍA 2

Aquí tenemos a don Pío Baroja mirando de frente en cierta actitud desafiante. Los signos de la lucha emprendida son implacables. En este rostro se refleja el firme deseo de no dejarse vencer, de llegar hasta lo último en las concepciones del pensamiento que con toda nitidez percibe. Su deseo es tirar a prisa, como una regurgitación que pueda alimentar el deseo de saber de esa ignorancia tan prolífica tirada por los caminos y las encrucijadas de la España rota de su tiempo. Su inherente personalidad, su predisposición a la investigación, le inducen a caminar por esos lugares privativos de vagabundos y desheredados, y las escenas que cubren sus ojos y que luego, en magistrales síntesis, decantará en sus escritos, le producen la angustia de una persecución. Y un hombre que debe hallarse en la edad más robusta del optimismo se siente viejo.

Sí; fíjense, lectores amigos, en esas bolsas que empiezan a salirle debajo de los párpados inferiores. Son el signo indeleble, y que ya nunca le dejarían, de la vejez prematura. Por eso, aun a pesar de esos destellos en el mirar de la primera fotografía y del pie de la misma, he podido hacerme esa pregunta de si don Pío Baroja fue alguna vez joven.

Ya tiene en esa frente tan amplia de idealista marcados los surcos de la tolerancia y de los sentimientos de justicia; en su alma, en contraste con las miserias que le salen al camino, centellean las magistrales escenas y frases con que fustigará al mundo de su tiempo, considerándolos como los mejores actos de justicia que él puede aportar a la destrucción de ese mundo decadente y la vida nueva, en la que confía. Pero sí, en su ambición interna percibe que cuando las generaciones venideras quieran conocer la España de su tiempo y la inmediatamente anterior tendrán que contar para ello con sus escritos. Su sabia visión de las cosas así se lo hace entender. Se mete en rincones

donde los historiadores no se atreven a mirar y hace resaltar efemérides que los historiadores han ignorado por su procedencia plebeya. .

Es interesante insistir en esa mirada de don Pío. Manifiesta un desafío dudoso, interrogante y hasta provocador. Tal vez sea éste el momento de más ebullición en las ideas, en el ver y sentir de don Pío Baroja. Todo hombre tiene un paso de Rubicón tanto en la lucha consigo mismo como en la lucha contra el medio. Cuando hicieron esta fotografía de Baroja, esa cabeza idealista ya había comprendido definitivamente que su lucha vendría a ser, para la transformación de la sociedad que combatía, como echar cubos de agua a la mar. ¡Y ésa es la interrogante que dicen sus ojos y ésa es la interrogante que refleja todo su rostro!

Pero nos interesa insistir en detalles. Ya he señalado que en esta foto se perciben los surcos que van de un lado a otro de la frente; son el síntoma de la duda, la vacilación y el buen juicio. También pueden percibirse las sombras del entrecejo, formando como una torrentera que habrá de desparramarse por ambos lados de la nariz, irrigando de ideas juiciosas esa lógica para discurrir, el coraje en la ejecución y la resolución firme de mantenerlas. Esas sombras se prolongan hacia abajo, pasando junto a las aletas de la nariz hasta llegar a la altura de los labios, marcando con lomo grueso los esfuerzos de concentración en esas ideas abstractas que pugnan por huir y que su aplastante lógica engavilla en caprichosos manojos, dejándolos a un lado y a otro del camino como fruto de la cosecha, nunca bastante, que su pensamiento va creando.

Fíjese, lector amigo, en la boca: A pesar de que el vello cubre esa zona, puede, sin embargo, percibirse en ella el hermetismo. Pero no ese hermetismo suspicaz a lo Talleyrand, que se reserva para la última oportunidad, sino un hermetismo de humano dolor, de humana contrariedad, de no desperdicio de palabras. Ese dolor lo confirman las comisuras de la boca, que también se perciben con inclinación hacia abajo, señalando la amargura, la ironía gris y un humor amargo.

Vale la pena señalar, por último, en esta fotografía el efecto que se produce si usted la mira desde una cierta distancia, se concentra y se abstrae. ¡Mírela! Toda ella es una interrogante haciendo una inmensa pregunta. Pregunta llena de conjeturas psicológicas, de infinitas respuestas, y todas ellas enmarcadas en un solo pensamiento, que, como una espiral absorbente, envuelve el infinito para venir a incidir siempre en el mismo punto: La necesidad de que su España levante la cabeza.

El pie de esta fotografía dice: «Azorín y Pío Baroja en el año 1912.»

Nunca mejor dicho que ahora esa frase de «traído por la mano». Sí; es interesantísimo este detalle. Tropezar ayuntadas dos personas que tuvieron una vida de amistad; los dos de profesión intelectual; los dos inteligentísimos; los dos formando hito en su especialidad literaria; los dos de una misma edad, de un mismo «tiempo», vivido en un mismo lugar y a veces compartiendo una misma mesa, me pone en situación de hacer algunas comparaciones que confirman el carácter que estudio y el lector sincero compartirá conmigo.

La imagen de Azorín es suficientemente nítida para hacer un estudio de todo su carácter. Pero no es éste nuestro caso. Sólo me interesa hacer resaltar su estado anímico en este momento: La serenidad que da el camino trillado; la carencia de sobresaltos; la seguridad en el triunfo de las cosas que se manejan; la estima de sí mismo y de los amigos están reflejados en el rostro de Azorín. Hasta en la posición que ambos ocupan, la de Azorín es sobresaliente. Azorín ha podido abandonarse en ese momento y mirar a lo infinito, a donde no están las cosas, pero sí los pensamientos.

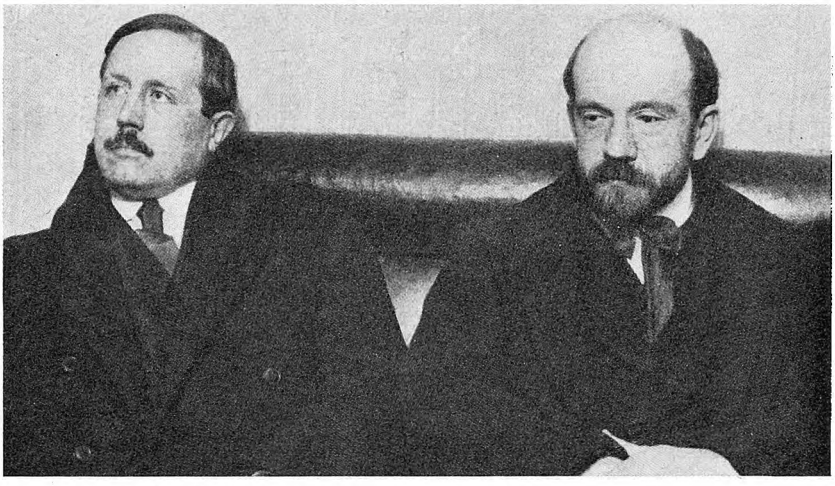
En este momento don Pío Baroja, cuya capacidad intelectual ya hemos señalado y no era de menor longitud ni de menor volumen en cuanto a su producción y forma que la de ningún intelectual de su tiempo, está como «achicado». Su mirar es de ningún sitio, y su actitud, de humildad.

En un sujeto como el que venimos estudiando, lleno de secretos para afrontar la vida, una actitud como la suya en esas circunstancias le dan una extraordinaria personalidad, aunque en apariencia haya intentado inhibirse. Parece como si Baroja dijera: «Bueno, aquí estoy; tengo conciencia de que éste no es mi sitio, ni yo pretendo usar posiciones de nadie; bien sabéis que mi mundo no es éste; yo me las busco entre los humildes y los desheredados, a pesar de ser ése un "artículo" que nadie quiere.» De su serena expresión se levanta imperceptible un halo de sonrisa, como esas gasas que en los amanaceres de primavera se desprenden de los ríos y dan al verde del paisaje un tinte grisáceo que los comunica con el alma de la Naturaleza.

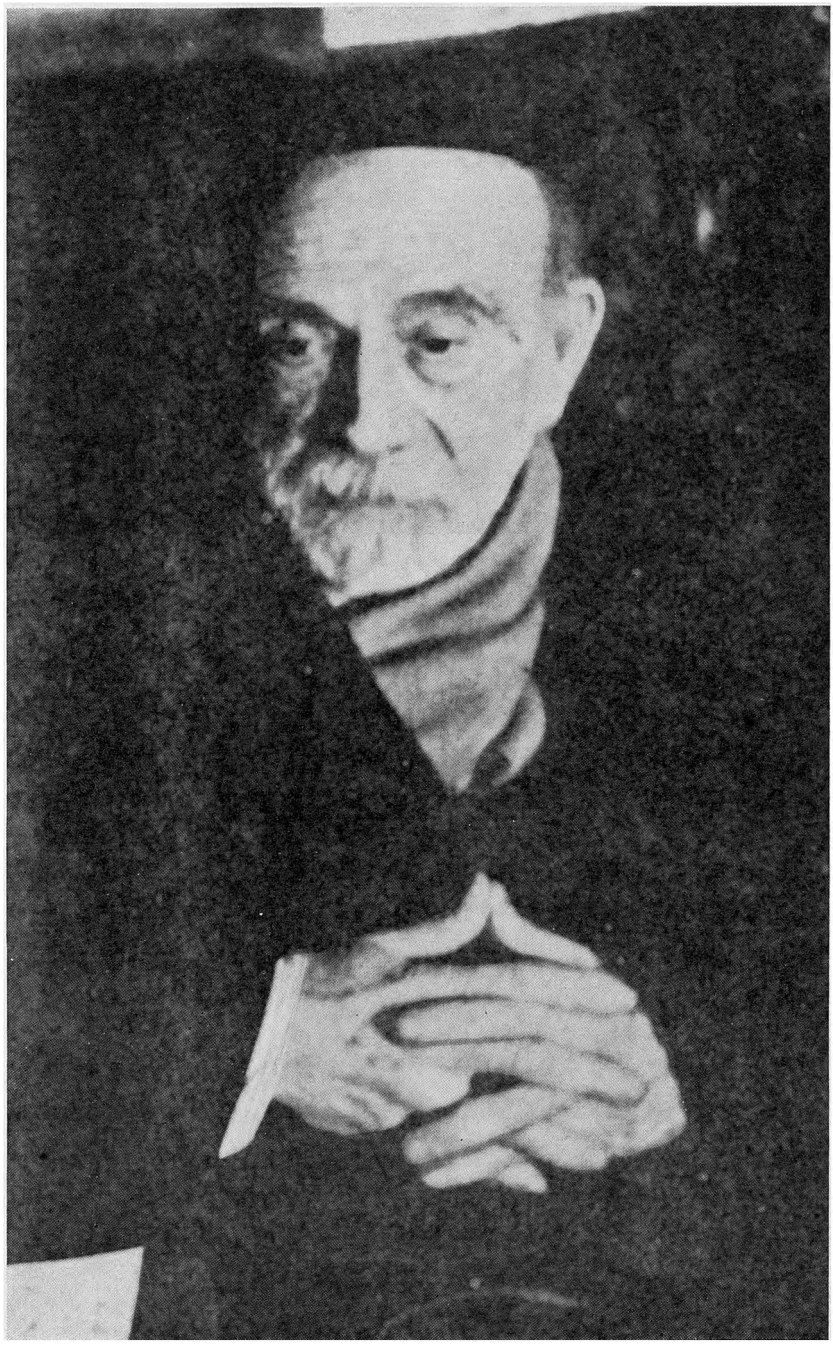
En 1912 Baroja tenía cuarenta años. Y hay que preguntar: ¿El tiempo puede medir el alcance de una obra? Yo contesto: Sí, si es una «obra romana». Estamos viendo cómo las creaciones del hombre, en ciertos ciclos de su desarrollo, se las tragan las civilizaciones que

1. Pío Baroja, *joven*

2

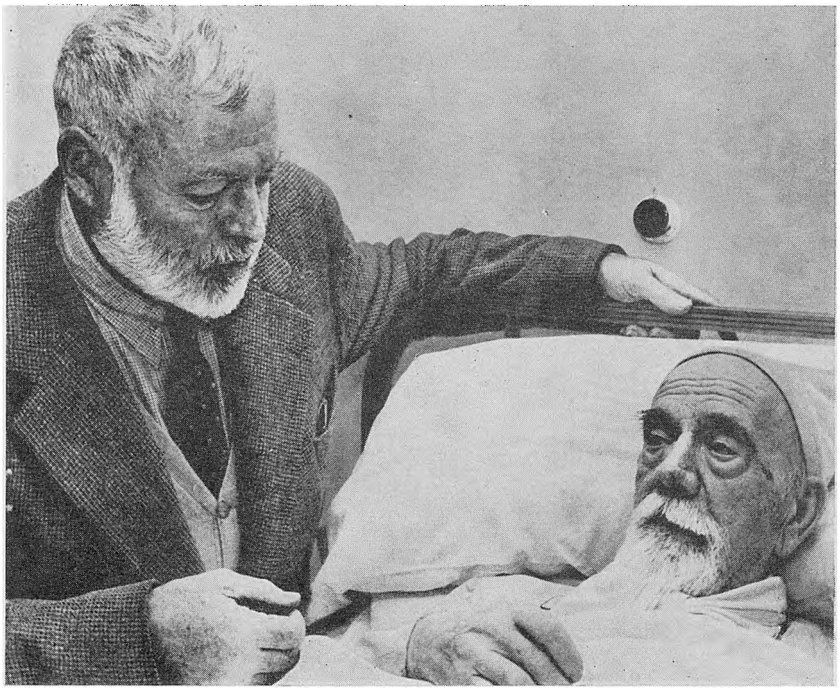


3. AZORÍN *y* PÍO BAROJA, *en 1912.*



5. *Una de las últimas fotografías de* Pío Baroja

4. Pío Baroja, *con* Miguel Pérez Ferrero.



El 9 de octubre de 1956 Ernest Hemingway *visitaba a* Pío Baroja; *dos semanas más tarde acompañaría a los restos del ilustre escritor al cementerio civil de Madrid, donde fue enterrado.*

le suceden; en cambio, otras, como las bases del derecho, aun con la absoluta conciencia de su arbitrariedad, se mantienen de civilización en civilización para hacer presente en su función su origen de violencia. En el incesante caminar de don Pío por esos caminos de los papeles viejos y las tradiciones verbales, en esas consejas de majada y hogar de montaña, Baroja adquirió el hábito de ser oyente y analista. A su cerebro acudían las obras del tiempo, almacenándose como las sustancias en los odres de las hormigas madres, para luego ir alimentando con un placer casi erótico las ansias de saber de ese pueblo ignorante que a él le gustaba traspasar.

Por eso cuando en *situaciones públicas* se tropezaba a don Pío, parecía que no fuese el autor de aquellas «trilogías». En esta actitud de inhibición merece que le parafraseemos: «Una beatitud augusta resplandece en su actitud, y la vaga sensación de la inmensidad del espacio, lo infinito de los mundos imponderables, llena su corazón de una deliciosa calma.»

Todavía podemos decir que en ese momento de la imagen piensa: «Para los unos, el placer, el vicio, la noche; para los otros, el trabajo, la fatiga, el sol.»

Y en esa actitud, junto a un ilustre de su tiempo, también podemos decir: «Pudo asombrar a los demás y prefirió ayudarlos...», «... fue un rebelde porque quiso ser justo».

¡Nadie puede decir que ésa no sea la expresión de su rostro en ese momento de la imagen!

Fotografías 4 y 5

En estas fotografías ya está a la vuelta del camino. Las dos nos dicen lo mismo. Aunque en una aparezca haber más dolor que en otra. Tal vez sea porque en la número 4 esté contando alguna anécdota a Miguel Pérez Ferrero, toda vez que el pie de la foto dice: «Pío Baroja, con Miguel Pérez Ferrero.»

Entre las fotografías número 3 y éstas que comentamos ahora hay un tiempo que no me he preocupado en buscar. Indudablemente que ese tiempo interesa a sus biógrafos, pero a mí no me va a decir nada nuevo sobre su carácter, que ya dejé definido en la primera fotografía. He señalado este detalle para venir en consecuencia de que, trazando una línea recta que, arrancando en el inicio de su juventud, y después de recorrer tres cuartos de siglo, termine con sus días, marcando de

decena en decena los rasgos de su carácter, las fotografías que tenemos delante están todas en la invariable recta de su recia personalidad.

En cualquiera de ellas podemos verle con el pensamiento lejano, que no pide nada, que da su último cariño; vemos unos ojos tranquilos y serenos del que está cansado de sufrir y para sí guarda, con renuncia de ayuda, lo que le ha hecho llorar y reír; no desprecia a nadie; tiene en su expresión voluntad suficiente para no hacer renuncia a todo lo que ha concebido, ni se arrepiente de nada. Hay en esas imágenes como un sentimiento de frustración, con una violenta carga emotiva, como el que perdona a todo el que le ha ofendido; como el que puede decir: «¡Sigue tu camino, que yo no me aparto del mío!»

Sí, hay en estas dos fotografías algo que también define un carácter, que no lo ha habido en las anteriores y he dejado expresamente para estos momentos: Son las manos. Esas manos que ahora están como los sarmientos padres arrancados de esas cepas viejas, cansadas de echar frutos ubérrimos. ¡Qué manos! Podría no haber contado con las imágenes que me han puesto su carácter y su alma delante y estas manos me dirían igualmente toda esa tremenda fuerza de voluntad que sostuvo, como pilares robustos, esa cabeza de idealista, esa imaginación tan creadora de todo lo humano.

¡Fíjese en los pulgares! ¿Tiene usted idea de lo que es la cúpula de esos grandes edificios que conservan la Historia? Inconscientemente Baroja ha colocado sus dedos entrelazados, y los pulgares, empujándose el uno con el otro, haciendo el remate en cúpula de toda su obra. ¡Que viene a ser la cúpula del inmenso edificio construido a lo largo de su vida!

Porque esas manos significan una aptitud especial para juzgar los detalles. Todo lo que tenga color, forma y peso será analizado con equilibrio y primor. Las falanges de esos dedos pulgares demuestran la energía, la confianza en sí mismo, el deseo de perfeccionamiento. Esos dedos tienen el significado de la actividad espiritual: la memoria, el espíritu crítico y el tacto para tratar las cosas del alma.

La fotografía 5 dice en su pie: «Una de las últimas fotografías de Pío Baroja.»

Aparte las manos, que ya he analizado, es de destacar la mirada. No hay palabras para expresar fielmente ese dolor de pensamiento que arroja la mirada de don Pío Baroja. Ha sido un ojo que se ha movido con alegría, con sentimiento de apoyo a sus semejantes. Pero ahora, ¿qué dice ahora? Expresarlo con palabras casi es atentatorio al silencio cósmico; es como entrarse con botas herradas en la cripta y con mano despiadada levantar la tapa del sarcófago que encierra el

secreto de lo que ya no existe y encontrarse lo que debe estar en un osario: ¡Sólo los huesos!

No hay palabras para expresar fielmente ese dolor de pensamiento que arroja la mirada de don Pío Baroja en ese momento. Casi se nota la humedad del ojo. Lector bueno, concentre su mirada conmigo y observe cómo su alma penetra en la suya. Perciba, ¡recójalo!, ese sentimiento de complicidad que en toda persona de conciencia humana se produce por la parte de culpabilidad que hay en cada uno de los genocidios universales y la arbitrariedad de los cañones y las bombas. Eso es lo que dice ese sentimiento de tristeza que se percibe en el mirar de don Pío Baroja. Mil veces, millares de veces, debió haberse dicho que el mundo es cobarde. ¡A él le producía dolor verse formando parte de ese mundo sin poder mejorarlo y sin que, peor todavía, su labor hubiera servido de nada, si no es para regodear a cuatro estultos que se las daban de *enteraíllos* y pretendían ser sus amigos!

En ese momento de la imagen le tenemos hablando como uno de sus personajes más queridos:

> Como hombre de mala suerte he sufrido bastantes desgracias; he presenciado catástrofes, derrotas, incendios, matanzas; patriota entusiasta, he sido testigo de dos invasiones extranjeras y del desmoronamiento del imperio colonial español; liberal y progresista, he visto a mi país padeciendo las reacciones más bárbaras; me ha herido la calumnia y el descrédito.

Fotografía 6 y última

El pie de esta fotografía dice: «El 9 de octubre de 1956 Ernest Hemingway visitaba a Pío Baroja; dos semanas más tarde acompañaría a los restos del ilustre escritor al cementerio civil de Madrid, donde fue enterrado.»

En esta imagen hemos de destacar los surcos del rostro en uno y otro sentido.

Si nos imaginamos la cabeza de Baroja —y nada impide que lo hagamos— como un inmenso complejo electromagnético, al que se le han facilitado todos los datos universales durante ochenta y cuatro años, y pensamos en la ingente labor de esa extraordinaria cabeza, comprobaremos que ninguno de ellos fue desaprovechado; comprobaremos que el esfuerzo mental no tenía más remedio que exteriorizarse en formas indelebles; y ahora, en esta imagen, podemos pensar que los

conductos motrices de ese complejo cerebral han quedado desconectados, sueltos y sin posible arreglo.

Si por querer dar una figura humana nos imaginamos a Alonso Quijano tendido en su lecho—y tenga en cuenta, lector amigo, que todo cuerpo dolido de desengaños tendido en el lecho, contando sus últimas horas, tiene mucho de semejante—, después de su vuelta de Barcelona; y entendemos que Hemingway es el licenciado Sansón Carrasco; sin querer pretender que a don Pío se le ocurriera aquella frase, sí podemos atrevernos a poner en su boca:

«Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa.»

En cualquiera de ambos casos, las tremendas huellas de su lucha en los ochenta y cuatro años peores de la historia de España las tiene bien marcadas en su rostro a la hora de decir FIN. A nosotros lo que nos interesa precisamente son esas huellas tan profundas.

Ciertamente que la edad senil ahonda los surcos de la cara en cualquiera de sus regiones; pero nosotros hemos visto, al analizar la fotografía 2, en que estaba en la edad robusta de sus fuerzas físicas, que ya tenía marcadas para no borrarse jamás esas huellas de la lucha, que fueron el único motivo de su vida. En esa fotografía 2 podemos ver las huellas inquietantes, nerviosas, decididas a todo y hasta con cierta provocación. Pero ahora, en este momento, esas huellas las vemos con la serenidad que ofrecen la misión cumplida, el último esfuerzo realizado sin posibilidad de retorno, tampoco deseado.

La serenidad de su rostro nos confirma en el significado de esas arrugas horizontales desde un lado a otro de la frente: La conciencia sana, la tranquilidad; el juicio equilibrado, clarividente y benévolo, junto con una marcada atención en todas las cosas de la vida.

Si las cuenta conmigo, lector, hallará que son exactamente tres las que alcanzan a un lado y a otro de la frente. Además, hay otra que, rodeando ambos inicios de las cejas, se dejan descender hacia abajo para unirse al gran surco que se produce a ambos lados de la nariz y desciende hasta más abajo de las comisuras de la boca, uniéndolas en la raíz otras dos arrugas horizontales. Lo que nos lleva de la mano a afirmar su tremenda atención al mundo exterior, asegurando un carácter investigador que sabe disciplinar sus ideas y sus sentimientos, mostrándose con alma desinteresada ante el objeto.

Esas arrugas, arrastradas durante tanto tiempo, ahora serenas, tranquilas, nos aseguran que don Pío no se sentía satisfecho de la vida; nos demuestran que algo le faltaba y que se afanaba buscándolo. También nos hablan del continuo esfuerzo para armonizar ideas, que,

enfrentadas entre sí durante una vida, no casan, no ajustan, en la medida de hacer armónica la vida de tranquilidad soñada.

Pero en este momento, ya marcados los minutos de la cuenta atrás, su genio se tranquiliza y, sin renuncia de sus ilusiones, pide a su alma que se tranquilice y descanse en paz.

JUAN QUIÑONERO GALVEZ

Alicante, 36
ALMANSA (ALBACETE)